

de cobr... — Casos y tentaciones de Madrid... —
clara Carlos IV la corona y coronado su reinado... —
de a Bayona... — Inquisición en Madrid... — Alboroto... —
to en Toledo... — En Burgos... — Conducta de Carlos IV... —
de Madrid... — Conducta de la familia y medidas que... —
propone... — Objeción de una junta que lo sube... —
título... — Llegada a Madrid de D. Justo... —
nuevo... — Posición de los franceses en Madrid... —
— Hechos de Madrid... — Fidei la salida para Francia... —
en del infante Don Francisco y reina de España... —
ría... — 2 de mayo... — Salida de los reyes para... —
Francisco el 3 y el 4... — Llegada Napoleón a Bayona... —
re... — Se anuncia a Fernando que renuncie... —
Conferencias de Escorial y Cevallos... — Llegada... —
de Carlos IV a Bayona... — Come con Napoleón... —
luna... — Compara a Fernando delante de su padre... —
de... — Condiciones de Fernando para su renuncia... —
de... — No se conforma el Padre... — Compara... —
por segunda vez a Fernando delante de su padre... —
— Renuncia Carlos IV en Bayona... — Carlos IV y María Luisa... — Renuncia de Fernando con... —
no príncipe de Asturias... — Llegada de D. Juan... —
Primeros indicios de la revolución en Francia... —
familia real de España... — Invasión de la junta de Madrid... —
de Madrid... — Primer presidente de la junta... —
Napoleón gran... —
en dar la corona de España a José... — Dignidad... —
ción de Bayona... — Hechos de la revolución de Madrid... —

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION DE ESPAÑA.

LIBRO SEGUNDO.

Los habitantes de España alejados de los negocios públicos, y gozando de aquella aparente tranquilidad propia de los gobiernos despóticos, estaban todavía agenos de prever la avenida de males que, rebalsando en su suelo como en campo barbechado, iban á cubrirle de espantosas ruinas. Madrid sin embargo, agitado ya con voces vagas é inquietadoras, creció en desasiego con los preparativos que se notaron de largo viage en casa de Doña Josefa Tudó, particular amiga del príncipe de la Paz, y con la salida de este para Aranjuez el día 13 de marzo. Sin aquel incidente no hubiera la última ocurrencia llamado tanto la atención, teniendo el valido por costumbre pasar una semana en Madrid.

Primeros indicios del viage de la corte.

y otra en el sitio en que habitaban SS. MM., quienes de mucho tiempo atras se detenian solamente en la capital dos meses del año, y aun en aquel al trasladarse en diciembre del Escorial á Aranjuez, no tomaron allí su habitual descanso, retraidos por el universal disgusto á que habia dado ocasion el proceso del príncipe de Asturias.

Vióse muy luego cuán fundados eran los temores públicos; porque al llegar al sitio el príncipe de la Paz, y despues de haber conferenciado con los reyes, anunció Cárlos IV á los ministros del despacho la determinacion de retirarse á Sevilla. A pesar del sigilo con que se quisieron tomar las primeras disposiciones, se traslució bien pronto el proyectado viage, y acabaron de cobrar fuerza las voces esparcidas con las órdenes que se comunicaron para que la mayor parte de la guarnicion de Madrid se trasladase á Aranjuez. Prevenido para su cumplimiento el capitán general de Castilla Don Francisco Javier Negrete, se avistó en la mañana del 16 con el gobernador del consejo el coronel Don Cárlos Velasco, dándole cuenta de la salida de las tropas en todo aquel dia, en virtud de un decreto del generalísimo almirante; y previniéndole al propio tiempo de parte del mismo publicar un bando que calmase la turbacion de los ánimos. No bastándole al gobernador la orden verbal, exigió de Don Cárlos Velasco que la extendiese por escrito, y con ella se fué al consejo, en donde se acordó como medida prévia y ántes de obedecer el expresado man-

Orden para que la guarnicion de Madrid pase á Aranjuez.

dato, que se expusiesen reverentemente á S. M. las fatales consecuencias de un viage tan precipitado. Aplaudióse la determinacion del consejo, aunque nos parece no fué del todo desinteresada, si consideramos la incierta y precaria suerte que, con la temida emigracion mas allá de los mares de la dinastía reinante, habia de caber á muchos de sus servidores y empleados. Así se vió que hombres que como el marqués Caballero en los dias de prosperidad habian sido sumisos cortesanos, fueron los que con mas empeño aconsejaron al rey que desistiese de su viage.

Fuese influjo de aquellas representaciones, ó fuese mas bien el fundado temor á que daba lugar el público descontento, el rey trató momentáneamente de suspender la partida, y mandó circular un decreto á manera de proclama que comenzaba por la desusada fórmula de „amados vasallos míos.“ La gente ociosa y festiva comparaba por la novedad el encabezamiento de tan singular publicacion, al comenzar de ciertas y famosas relaciones que en sus comedias nos han dejado el insigne Calderon y otros ingenios de su tiempo; si bien no asistia al ánimo bastante serenidad para detenerse al exámen de las mudanzas é innovaciones del estilo. Tratábase en la proclama de tranquilizar la pública agitación, asegurándose en ella que la reunion de tropas no tenia por objeto ni defender la persona del rey, ni acompañarle en un viage que solo la malicia habia supuesto preciso: se insistia en querer

Proclama de Cárlos IV de 16 de abril (Véase el Ap. lib. 2, n. 1.)

persuadir que el ejército del emperador de los franceses atravesaba el reino con ideas de paz y amistad, y sin embargo se daba á entender que en caso de necesidad estaba el rey seguro de las fuerzas que le ofrecerian los pechos de sus amados vasallos. Bien que con este documento no hubiese sobrado motivo de satisfaccion y alegría, la muchedumbre que leia en él una especie de retractacion del intentado viage, se mostró gozosa y alborozada. En Aranjuez apresuradamente se agolparon todos á palacio, dando repetidos vivas al rey y á la familia real, que juntos se asomaron á recibir las lisonjeras demostraciones del entusiasmado pueblo. Mas como se notó que en la misma noche del 16 al 17 habian salido las tropas de Madrid para el sitio en virtud de las anteriores órdenes que no habian sido revocadas, duró poco, y se acibaró presto la comun alegría.

Opinion sobre el viage.

Entónces se desaprobó generalmente la resolucion tomada por la corte de retirarse hácia las costas del mediodia, y de cruzar el atlántico en caso urgente. Pero ahora que con fria imparcialidad podemos ser jueces desapasionados, nos parece que aquella resolucion al punto á que las cosas habian llegado era conveniente y acertada, ya fuese para prepararse á la defensa, ó ya para que se embarcase la familia real. Desprovisto el erario, corto en número el ejército é indisciplinado, ocupadas las principales plazas, dueño el extranjero de varias provincias, no podia en realidad oponérsele otra re-

sistencia fuera de la que opusiese la nacion, declarándose con unanimidad y energía. Para tantear este solo y único recurso, la posicion de Sevilla era favorable, dando mas treguas al sorprendido y azorado gobierno. Y si, como era de temer, la nacion no respondia al llamamiento del aborrecido Godoy ni del mismo Carlos IV, era para la familia real mas prudente pasar á América, que entregarse á ciegas en brazos de Napoleon. Siendo pues esta determinacion la mas acomodada á las circunstancias, Don Manuel Godoy en aconsejar el viage obró atinadamente, y la posteridad no podrá en esta parte censurar su conducta; pero le juzgará sí gravemente culpable en haber llevado como de la mano á la nacion á tan lastimoso apuro, ora dejándola desguarnecida para la defensa, ora introduciendo en el corazon del reino tropas extranjeras, deslumbrado con la imaginaria soberanía de los Algarbes. El reconcentrado odio que habia contra su persona, fué tambien causa que al llegar al desengaño de las verdaderas intenciones de Napoleon se le achacase que de consuno con este habia procedido en todo: asercion vulgar, pero tan generalmente creida en aquella sazón, que la verdad exige que abiertamente la desmintamos. Don Manuel Godoy se mantuvo en aquellos tratos fiel á Carlos IV y á María Luisa, sus firmes protectores, y no anduvo desacordado en preferir para sus soberanos un cetro en los dominios de América, mas bien que exponerlos, continuando en España, á que fuesen destronados

y presos. Además, Godoy, no habiendo olvidado la manera destemplada con que en los últimos tiempos se había Napoleón declarado contra su persona, recelábase de alguna dañada intención, y temía ser víctima ofrecida en holocausto á la venganza y público aborrecimiento. Bien es verdad que fué después su libertador el mismo á quien consideraba enemigo; mas debiólo á la repentina mudanza acaecida en el gobierno, por la cual fueron atropellados los que confiadamente aguardaban del francés amistad y amparo, y protegido el que se estremecía al ver que su ejército se acercaba: tan inciertos son los juicios humanos.

Averiguada que fué la traslación de las tropas de la capital al sitio, volviéronse á agitar extraordinariamente las poblaciones de Madrid y Aranjuez con todas las de los alrededores. En el sitio contribuía no poco á sublevar los ánimos la opinión contraria al viage que pública y decididamente mostraba el embajador de Francia; sea que ignorase los intentos de su amo y siguiera abrigando la esperanza del soñado casamiento, ó sea que tratara de aparentar: nos inclinamos á lo primero. Mas su opinión, al paso que daba bríos á los enemigos del viage para oponerse á él, servía también de estímulo y espuela á sus partidarios para acelerarle, esperando unos y temiendo otros la llegada de las tropas francesas que se adelantaban. En efecto, Murat dirigía por Aranda su marcha hácia Somosierra y Madrid, y Dupont por su derecha se encaminaba á ocupar

Agitación de
Madrid y A-
ranjuez.

Conducta del
embajador de
Francia y de
Murat.

á Segovia y el Escorial. Este movimiento hecho con el objeto de impeler á la familia real, intimidándola á precipitar su viage, vino en apoyo del partido del príncipe de Asturias, alentándole con tanta más razón, cuanto parecía darse la mano con el modo de explicarse del embajador. Murat en su lenguaje descubría incertidumbre, imputándose entonces á disimulo lo que tal vez era ignorancia del verdadero plan de Napoleón. Al después tan malogrado Don Pedro Velarde, comisionado para acompañarle y cumplimentarle, le decía en Buitrago en 18 de marzo que al día siguiente recibiría instrucciones de su gobierno; que no sabía si pasaría ó no por Madrid, y que al continuar su marcha á Cádiz, probablemente publicaría en San Agustín las miras del emperador encaminadas al bien de España.

Avisos anteriores á este y no menos ambiguos, ponían á la corte de Aranjuez en extremada tribulación. Sin embargo, es de creer que cuando el 16 dió el rey la proclama en que públicamente desmentía las voces de viage, dudó por un instante llevarle ó no á efecto, pues es más justo atribuir aquella proclama á la perplejidad y turbación propias de aquellos días, que al premeditado pensamiento de engañar bajamente á los pueblos de Madrid y Aranjuez. Continuando no obstante los preparativos de viage, y siendo la desconfianza en los que gobernaban fuera de todo término, se esparció de nuevo y repentinamente en el sitio que la salida de SS. MM. para Andalucía se realizara en la noche

Síntomas de
una conmo-
ción.

del 17 al 18. La curiosidad, junta probablemente con oculta intriga, habia llevado á Aranjuez de Madrid y sus alrededores muchos forasteros cuyos semblantes anunciaban siniestros intentos: las tropas que habian ido de la capital participaban del mismo espíritu, y ciertamente hubieran podido sublevarse sin instigacion especial. Aseguróse entónces que el príncipe de Asturias habia dicho á un guardia de corps en quien confiaba, „esta noche es el viage, y yo no quiero ir,” y se añadió que con el aviso cobraron mas resolucion los que estaban dispuestos á impedirle. Nosotros tenemos entendido que para el efecto advirtió S. A. á Don Manuel Francisco Jáuregui, amigo suyo, quien como oficial de guardias pudo fácilmente concertarse con sus compañeros de inteligencia, ya con otros de los demas cuerpos. Prevenidos de esta manera, el alboroto hubiera comenzado al tiempo de partir la familia real; una casualidad le anticipó.

Primera con-
moción de A-
ranjuez.

Puestos todos en vela, rondaba voluntariamente el paisanage durante la noche, capitaneándole disfrazado, bajo nombre de tío Pedro, el inquieto y bullicioso conde del Montijo, cuyo nombre en adelante casi siempre estará mezclado con los ruidos y asonadas. Andaba asimismo patrullando la tropa, y unos y otros custodiaban de cerca, y observaban particularmente la casa del príncipe de la Paz. Entre once y doce salió de ella muy tapada Doña Josefa Tudó, llevando por escolta á los guardias de honor del generalísimo: quiso una patrulla descu-

brir la cara de la dama, la cual resistiéndolo excitó una ligera reyerta, disparando al aire un tiro uno de los que estaban presentes. Quién afirma fué el oficial Tuyols, que acompañaba á Doña Josefa para que vinieran en su ayuda, quién el guardia Merlo para avisar á los conjurados. Lo cierto es que estos lo tomaron por una señal, pues al instante un trompeta apostado al intento tocó á caballo, y la tropa corrió á los diversos puntos por donde el viage podia emprenderse. Entónces y levantándose terrible estrépito, gran número de paisanos, otros transformados en tales, criados de palacio y monteros del infante Don Antonio, con muchos soldados desbandados, acometieron la casa de Don Manuel Godoy, forzaron su guardia, y la entraron como á saco, escudriñando por todas partes, y buscando en balde al objeto de su enfurecida rabia. Creyóse por de pronto que á pesar de la extremada vigilancia se habia su dueño salvado por alguna puerta desconocida ó excusada, y que ó habia desamparado á Aranjuez, ú ocultádose en palacio. El pueblo penetró hasta lo mas escondido, y aquellas puertas ántes solo abiertas al favor, á la hermosura y á lo mas brillante y escogido de la corte, dieron franco paso á una soldadesca desenfrenada y tosca, y á un populacho sucio y desaliñado, contrastando tristemente lo magnífico de aquella mansion con el descuidado arreo de sus nuevos y repentinos huéspedes. Pocas horas habian transcurrido cuándo desapareció tanta desconformidad, habiendo sido

despojados los salones y estrados de sus suntuosos y ricos adornos, para entregarlos al destrozo y á las llamas. Repetida y severa leccion que á cada paso nos da la caprichosa fortuna en sus continuados vaivenes. El pueblo, si bien quemó y destruyó los muebles y objetos preciosos, no ocultó para sí cosa alguna, ofreciendo el ejemplo del desinterés mas acendrado. La publicidad, siendo en tales ocasiones un censor inflexible, y uniéndose á un cierto linage de generoso entusiasmo, enfrena al mismo desórden, y pone coto á algunos de sus excesos y demasías. Las veneras, los collares y todos los distintivos de las dignidades supremas á que Godoy habia sido ensalzado, fueron preservados y puestos en manos del rey; poderoso indicio de que entre el populacho habia personas capaces de distinguir los objetos que era conveniente respetar y guardar, y aquellos que podian ser destruidos. La princesa de la Paz, mirada como víctima de la conducta doméstica de su marido, y su hija, fueron bien tratadas y llevadas á palacio, tirando la multitud de su berlina. Al fin restablecida la tranquilidad, volvieron los soldados á sus cuarteles, y para custodiar la saqueada casa, se pusieron dos compañías de guardias españolas y walonas con alguna mas tropa que alejase al populacho de sus avenidas.

La mañana del 18 dió el rey ¹ un decreto exonerando al príncipe de la Paz de sus empleos de generalísimo y almirante, y permitiéndole escoger el lugar de su residencia. ² Tambien anunció á Napo-

Decreto de Carlos IV.
Prision de D. Diego Godoy.
(1 Ap. lib. 2, n. 2.)
(2 Ap. lib. 2, n. 3.)

leon esta resolucion, que en gran manera le sorprendió. El pueblo, arrebatado de gozo con la novedad, corrió á palacio á victorear á la familia real, que se asomó á los balcones conformándose con sus ruegos. En nada se turbó aquel dia el público sosiego sino por el arresto de Don Diego Godoy, quien despojado por la tropa de sus insignias, fué llevado al cuartel de guardias españolas, de cuyo cuerpo era coronel: pernicioso ejemplo entónces aplaudido y despues desgraciadamente renovado en ocasiones mas calamitosas.

Parecia que desbaratado el viage de la real familia y abatido el príncipe de la Paz, eran ya cumplidos los deseos de los amotinados; mas todavía continuaba una terrible y sorda agitacion. Los reyes, temerosos de otra asonada, mandaron á los ministros del despacho que pasasen la noche del 18 al 19 en palacio. Por la mañana el príncipe de Castelfranco y los capitanes de guardias de corps, conde de Villariego y marques de Albudeite, avisaron personalmente á SS. MM. que dos oficiales de guardias con la mayor reserva y bajo palabra de honor, acababan de prevenirles que para aquella noche un nuevo alboroto se preparaba mayor y mas recio que el de la precedente. Habiéndoles preguntado el marques Caballero si estaban seguros de su tropa, respondieron, encogiéndose de hombros, „que solo el „príncipe de Asturias podia componerlo todo.” Pasó entónces Caballero á verse con S. A., y consiguó que trasladándose al cuarto de sus padres, les

Continúa la agitacion y temores de otra comocion.

ofreciese que impediría por medio de los segundos gefes de los cuerpos de la casa real la repetición de nuevos alborotos, como también el que mandaría á varias personas, cuya presencia en el sitio era sospechosa; que regresasen á Madrid, disponiendo al mismo tiempo que criados suyos se esparciesen por la población para acabar de aquietar el desasosiego que aun subsistía. Estos ofrecimientos del príncipe dieron cuerpo á la sospecha de que en mucha parte obraban de concierto con él los sediciosos, no habiendo habido de casual sino el momento en que comenzó el bullicio, y tal vez el haber despues ido mas allá de lo que en un principio se habian propuesto.

Segunda con-
moción de A-
ranjuez: pri-
sion de Go-
doy.

Tomadas aquellas determinaciones, no se pensaba en que la tranquilidad volvería á perturbarse, é inesperadamente á las diez de la mañana se suscitó un nuevo y estrepitoso tumulto. El príncipe de la Paz, á quien todos creían lejos del sitio, y los reyes mismos camino de Andalucía, fué descubierto á aquella hora en su propia casa. Cuando en la noche del 17 al 18 habian sido asaltados sus umbrales, se disponía á acostarse, y al ruido, cubriéndose con un capote de bayeton que tuvo á mano, cogiendo mucho oro en sus bolsillos y tomando un panecillo de la mesa en que habia cenado, trató de pasar por una puerta escondida á la casa contigua que era la de la duquesa viuda de Osuna. No le fué dado fugarse por aquella parte, y entónces se subió á los desvanes, y en el mas desconocido se ocultó me-

tiéndose en un rollo de esteras. Allí permaneció desde aquella noche por el espacio de treinta y seis horas privado de toda bebida y con la inquietud y desvelo propio de su crítica y angustiada posición. Acosado de la sed, tuvo al fin que salir de su molesto y desdichado asilo. Conocido por un centinela de guardias walonas que al instante gritó: á las armas, no usó de unas pistolas que consiguió traía, fuera cobarde ó mas bien desmayó con el largo padecer. Sabedor el pueblo de que se le habia encontrado, se agolpó hácia su casa, y hubiera allí perecido si una partida de guardias de corps no le hubiese protegido á tiempo. Condujéronle estos á su cuartel, y en el tránsito, acometiéndole la gente con palas, estacas y todo género de armas é instrumentos, procuraba matarle ó herirle buscando camino á sus furibundos golpes por entre los caballos y los guardias, quienes escudándole le libraron de un trágico y desastroso fin. Para mayor seguridad, creciendo el tumulto, aceleraron los guardias el paso, y el desgraciado preso en medio y apoyándose sobre los arzones de las sillas de dos caballos, seguía su levantado trote hijadeando, sofocado y casi llevado en vilo. La travesía considerable que desde su casa habia al parage adonde le conducian, sobre todo teniendo que cruzar la espaciosa plazuela de San Antonio, hubiera dado mayor facilidad al furor popular para acabar con su vida, si temerosos los que le perseguían de herir á alguno de los de la escolta, no hubiesen asastado sus tiros de un modo incierto y